

repuesto en la actualidad por motivos varios y conducentes: las amenazas de los terroristas a su autor, la llamada tregua en el País Vasco, la unidad monetaria de Europa, la sempiterna crisis balcánica. Para Juaristi, el nacionalismo es una subcultura política que arraiga en mitos y falsificaciones históricas. En el caso vasco, hace casi cien años las vienen advirtiendo algunos vascos «incómodos» como Unamuno y Baroja (tan incómodos que hasta se incomodaban entre ambos). Lo curioso es que la mitología de una diferencia vasca inmemorial y sostenida es el invento de un francés, que la propuso en 1836: Joseph Chaho. El vasco campesino e incauto, sabio por naturaleza aunque iletrado, dulce de costumbres pero feroz en la defensa de su terruño (mejor dicho: de sus montañas), una tribu fundada por héroes mitológicos como Túbal o Aitor, que registró las visitas de Noé y el apóstol Santiago y que, desde la primigenia Atlántida, conoció el monoteísmo antes que el mismísimo san Pablo. Luego, la antropología positivista, a partir de Nicasio Landa, intentó buscar huellas físicas y genéticas

de esta distinción que hace de los vascos, no ya no españoles, sino ni siquiera iberos. Hasta se han buscado coincidencias entre el eusquera y el sánscrito, para evitar el incordioso paso por Babel. Y, sobre todo, por encima del apego a la tierra propia, la fobia a la tierra ajena.

Juaristi opta por una visión ilustrada y racional del asunto. Evidentemente, el nacionalismo vasco que describe y critica, es irracional y oscuro, antimoderno y reaccionario. Pero, de nuevo ¿qué explica su persistencia en una sociedad urbanizada e industrial? Hay intereses muy concretos que lo sostienen, pero ¿por qué eligen esta ideología y no otra para satisfacer la demanda de un imaginario social tan extenso? Volvemos a Gellner. Pero no sin antes copiar y suscribir las palabras de Juaristi: «Creo que resulta más cómodo vivir en el seno de una sociedad sin identidades claras o, al menos, con identidades lábiles, que entre los adoradores de las pequeñas diferencias gregarias».

Blas Matamoro

Amarás lo múltiple

Los libros higiénicos no abundan: son los que sirven para astillar la rutina, mirar desde otro lado o mirar lo mismo con ojos distintos. Sirven para reinventar las preguntas. El libro de Claudio Guillén* me parece una de las mejores recetas para romper algo de la encerrona peligrosa y acobardada en que se mueven los estudios de letras en España, y los programas de estudios de las licenciaturas de filología, en particular: esa acusada tendencia a la especialidad bien delimitada que protege contra la dispersión, sí, pero también anula o retrae la imaginación, la capacidad crítica, la perspectiva múltiple y la riqueza de la propia conciencia de lector.

El exilio como tópico de la historia literaria se estudia en el primer capítulo, y fue accesible hace un par de años en edición de *Quaderns Crema/Sirmio*; las relaciones de literatura y paisaje es el segundo y quizá el más complejo de todos; de literatura y epistolaridad se ocupa el tercero, que es una joya, el más

contagioso para escritores y lectores de cartas de todo tipo. En «La expresión total: literatura y obscenidad» razona hábilmente el insoluble choque entre la ambición de decirlo todo (obscenidad) y hacer literatura.

La segunda parte reúne capítulos de lectura obligatoria para filólogos e historiadores: reflexiona sobre la construcción de la historia literaria como discurso nacionalista e imagen colectiva, y la emergencia de la literatura como institución. Cierra el libro un último y arriesgado asomo a los procesos intelectuales que han construido el concepto de Europa como identidad cultural y modelo complejo irreductible: qué ha incluido y qué ha excluido, con qué costes y contra qué intereses particulares, con qué armas metafóricas y literales se ha hecho Europa como identidad cultural: «Europa: ciencia e inconsciencia». La navegación que propone el libro no es virtual sino perfectamente real y oceánica: de los clásicos grecolatinos a la literatura contemporánea, de Occidente a Oriente, de literaturas minoritarias a autores capitales, todo pasa por la criba de una mirada que rastrea motivos o desmonta conexiones mecánicas, que ilumina porque reinventa enlaces y sinuosidades que otros han visto peor, o han preferido no ver.

Este libro sería un perfecto disparate en manos menos expertas, menos cautas y menos documenta-

* Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada, *Barcelona, Tusquets, 1998*.

das. Sus temas, el mero índice del libro, echa para atrás por su ambición y atrae irreparablemente porque tiene un punto de vista decididamente fecundo. Se nutre de la vitamina de una doble conciencia: la de la inestabilidad de las construcciones mentales (la historia de la literatura o la tipificación de los géneros, por ejemplo) y la naturaleza interesada, histórica y contingente de esas mismas construcciones. Una pregunta bien formulada puede derribar una construcción histórica aparentemente granítica. Todo el libro está cruzado por una falsilla teórica que explica su título y que sintoniza espléndidamente con una actitud crítica que no hace ninguna falta llamar postmoderna porque es la misma que adoptó cualquier gran crítico literario: rechaza las adscripciones dogmáticas y las taxonomías simplificadoras y acepta el desafío de la incertidumbre, de la exploración, del ensayo.

Pese a que el autor los define así, como ensayos, cabría me parece identificarlos mejor como estudios. El único reparo que este lector se ve capaz de poner al libro tiene que ver con la ansiedad insatisfecha por ver a la persona que piensa detrás de las cosas que escribe. Asoma algunas veces —cuando se burla con benevolencia de una frase un punto estu-penda de Gombrowicz, por ejemplo— pero sirven sólo para alimentar la ansiedad de una espera infructuosa. Mientras George Steiner no ha

renunciado jamás a la construcción de una voz literaria que lo identifique, y la ha impuesto como condición de su escritura —aunque a veces sea una fatalidad que estorba, cuando predica la buena nueva del judaísmo o incurre en manifiestas coqueterías maniáticas—, Claudio Guillén mantiene un pudor de escritura forjado en la tradición académica más clásica y respetable, sin duda, pero no estoy absolutamente convencido de la conveniencia de mantenerla intacta. La ironía ocasional, la libertad de la opinión formada, el comentario marginal, la libertad de la heterodoxia se adivinan detrás de las líneas pero la máscara de la formalidad académica las sepultan (me parece que a cambio de sólo una aparente respetabilidad mayor, o de asumir una convención de escritura tan aceptable como exactamente la contraria). Por supuesto que es una elección de estilo, pero sospecho que también un límite de la construcción de un ensayista dotado intelectual y culturalmente como pocos para ser escritor, como escritores son Steiner o Claudio Magris.

Llamo la atención sobre la explicitud de la deuda hacia los planteamientos *integracionistas* de Ferrater Mora, en un prólogo que conmueve por su franqueza pero todavía más por su rareza en manos de autores españoles. Parece que a Ferrater Mora lo hayan rentabilizado mejor fuera de España que den-